

Mal de archivo
Una impresión freudiana

Jacques Derrida

Traducción de Paco Vidarte

tecimiento semejante, en la sola medida en que la estructura de esta existencia y de su temporalización haga esta archivación posible? Dicho de otro modo, ¿es necesario un primer archivo para pensar la archivabilidad originaria? ¿O bien al revés? Es toda la cuestión de la relación entre el acontecimiento de la revelación religiosa (*Offenbarung*) y una revelabilidad (*Offenbarkeit*), una posibilidad de manifestación, el pensamiento previo de lo que abre a la venida o al venir de un acontecimiento semejante. La lógica del *après-coup* (*Nachträglichkeit*) que no sólo está en el corazón del psicoanálisis sino que incluso, literalmente, es el nervio de la obediencia «diferida» (*nachträglich*), ¿acaso no viene a perturbar, inquietar, enredar para siempre la tranquilizadora distinción entre los dos términos de esta alternativa, como entre el pasado y el porvenir, es decir, entre los tres presentes actuales que serían el presente pasado, el presente presente y el presente futuro?

En todo caso, no habría porvenir sin repetición. Y, por tanto, quizá, diría Freud (ésta sería entonces su tesis), no habría porvenir sin el espectro de la violencia edípica que inscribe la sobre-supresión en la institución arcóntica del archivo, en la posición, la auto-posición o la hetero-posición de lo Uno y de lo Único, en el *arkhé* nomológico. Y la pulsión de muerte. Sin este mal, que asimismo es el mal de archivo, el deseo y la perturbación del archivo, no habría ni asignación ni consignación. Ya que la asignación es una consignación. Y cuando se dice *arkhé* nomológico, se dice *nómos*, se dice la ley, mas también *thésis* o *thémis*. La ley de institución (*nómos*, *thésis* o *thémis*) es la tesis. *Thésis* y *thémis* están a veces, no siempre, en tensión con la *physis* originaria, con lo que se traduce corrientemente por «naturaleza».

Así se habría insinuado ya y de antemano, con la tesis, el suplemento de las tesis que debían seguir a estos *Exergo*, *Preámbulo* y *Prólogo*. A saber, para no resistir al deseo de un *post-scriptum*, una prótesis sobre las tesis de Freud⁵¹. Avanzada al paso de otros (re)aparecidos.

51. Freud no duda en hablar de una *prótesis* de la represión. Ciertas «técnicas auxiliares y sustitutivas» prueban que «la completa realización de la represión en su forma regular se tropieza con dificultades». Mas este signo de fracaso permite asimismo «sacar a la luz» con más facilidad, en plena prótesis, el «fin» y la «técnica» de la represión. Todo esto concierne al propio acontecimiento, a la venida de lo que acontece -o no. No hay nada fortuito en que una de estas prótesis sirva en efecto al *Ungeschehenmachen*, el «hacer que esto no haya acontecido», aunque haya acontecido. Se trata así de «considerar un acontecimiento como «non arrivé»» (en francés en el texto. Cf. *Inhibición, síntoma y angustia*, en *Obras completas*, XX, ed. cit., pp. 114-115).

TESIS

Viena, 6 de diciembre de 1896

«[...] Acabo de adornar mi despacho con vaciados de estatuas florentinas. Para mí ha supuesto un relajamiento enorme. ¡Hago propósito de hacerme rico para volver a hacer este viaje y sueño con un congreso en tierra italiana! (Nápoles, Pompeya). Mis afectuosos recuerdos para todos vosotros,

tu

Sigm.¹

«Un joven arqueólogo, Norbert Hanold, ha descubierto en una colección de antigüedades, en Roma, un bajorrelieve que le ha agradado tanto que está feliz por haber obtenido de él un excelente vaciado que puede colgar en su gabinete de estudio...»².

«Hace ya mucho tiempo que me he acostumbrado a estar muerta»³.

1. Carta a Wilhelm Fliess (6 de diciembre de 1896), en *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, trad. de J. L. Etcheverry, Amorrortu, Buenos Aires, 1994, pp. 218-227. Estas palabras vienen a concluir una larga carta en la que Freud define las relaciones de «estratificación» topográfica, arqueológica o de archivo entre varios tipos de «registro» («tres y probablemente más», piensa entonces). Esta carta anuncia, a veces en detalle, la *Nota sobre el Bloc mágico*.

2. S. Freud, *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen (1906-1907)*, en *Obras completas*, IX, ed. cit., p. 10.

3. «*Ich habe mich schon lange daran gewöhnt, tot zu sein*», W. Jensen, *Gradiva*, citado por Freud, op. cit., p. 71.

Finjamos recapitular —allí donde una *recapitulación* parece imposible, cuando nada puede ya re-unirse lo más cerca posible de la cabeza, del principio, del *arkhé* o del archivo. Recordemos así aquellas fórmulas idiomáticas que pretendíamos no podían imprimirse de forma tan económica más que en lengua francesa. Ellas enuncian el mal de archivo. Lo Uno *se guarda de lo otro*, decíamos. Y lo Uno *se hace violencia*. Lo Uno se guarda de lo otro *por hacerse violencia: porque se hace violencia y con vistas a hacerse violencia*.

En una lengua completamente diferente ¿no es esto quizá lo que habría replicado Freud?, ¿no es esto en sustancia lo que quizá le habría declarado a Yerushalmi el espectro de Freud, a quien nadie querría sustituir aquí? En ese caso el padre del psicoanálisis— y de Anna— no habría mantenido en reserva la cuestión concerniente a lo que en efecto escribe su hija, en nombre de él o en nombre de ella (el contenido de la respuesta a una cuestión semejante ya estaba archivado, al menos en la carta a Enrico Morselli, recordémoslo otra vez, desde 1926), sino que quizá habría respondido de este modo, en forma de elipse/elipsis, a la cuestión del *porvenir* de una ilusión, en suma. Cuestión del porvenir del espectro o del espectro del porvenir, del *porvenir como espectro*.

¿Quién querría sustituir al fantasma de Freud? Mas también, ¿cómo no quererlo? Quizá ha llegado el momento de arriesgar, en algunos telegramas, una tesis acerca de las tesis de Freud. La tesis diría esto en primer lugar: todas las tesis freudianas están resquebrajadas, divididas, son contradictorias, como los conceptos,

comenzando por el de archivo. Todo concepto funciona así: dislocándose siempre porque nunca hace uno consigo mismo. Lo mismo pasa con la tesis que propone y dispone los conceptos, la historia de los conceptos, su formación tanto como su archivación.

¿Por qué insistir aquí en la espectralidad? ¿Porque Yerushalmi se ha atrevido a dirigirle la palabra al fantasma de Freud? ¿Porque ha tenido la audacia de pedirle una respuesta confidencial cuyo archivo no desvelaría jamás? Sin duda, pero, en primer lugar, porque la estructura del archivo es espectral. Lo es *a priori*: ni presente ni ausente «en carne y hueso», ni visible ni invisible, huella que remite siempre a otro con cuya mirada no podríamos cruzar la nuestra, como tampoco podríamos hacerlo, gracias a la posibilidad de una visera, con la del padre de Hamlet. Luego el motivo espectral pone en escena esta fisión diseminante de la que hacen gala, desde el principio, tanto el principio arcontico como el concepto de archivo, como el concepto en general.

Freud, lo sabemos, ha hecho todo lo posible para no soslayar la experiencia del asedio, la espectralidad, los fantasmas, los (re)-aparecidos. Ha intentado dar cuenta de ello. Con coraje, de la forma más científica, crítica y positiva posible. Mas, por eso mismo, ha intentado también conjurarlos. Como Marx. Su positivismo científico se ha puesto al servicio de su asedio declarado y de su miedo inconfesado. No tomemos más que un ejemplo de ello. Lo escojo lo más cerca posible del deseo de archivo, lo más cerca de una imposible arqueología de esa nostalgia, de ese deseo doloroso de un retorno al origen auténtico y singular, y de un retorno que se cuida de dar cuenta incluso del deseo de retorno: de sí mismo. Este ejemplo me retrotrae muy cerca de Nápoles y de Pompeya, al paisaje de Gradiva donde escribí estas páginas hace unos diez días.

En su lectura de la *Gradiva* de Jensen, confiesa Freud su propio asedio. Se resiste a él sin resistirse a él. Se divide a sí mismo, por así decirlo, en el momento en que quiere dar cuenta de la última evolución de la locura (*Wahn*) de Hanold, la locura asediada de otro —y de otro en tanto que personaje de ficción. Éste cree hablar durante toda una hora con Gradiva, con su «espectro de mediodía» (*Mittagsgespenst*), estando ella, sin embargo, sepultada desde la catástrofe del año 79. *Monologa con* el fantasma de Gradiva durante una hora, luego ésta vuelve a su tumba y Hanold, el arqueólogo, se queda solo. Mas queda asimismo engañado, víctima de la alucinación.

¿Qué hará Freud? En primer lugar había planteado claramente el problema clásico del fantasma. Y del fantasma en literatura. El «personaje» no es el único que sufre de un malestar o de una «tensión» (*Spannung*). Ante la «aparición de Gradiva» nos preguntamos primeramente, los lectores, *quién es*, ya que la hemos visto en primer lugar bajo la forma de una estatua de piedra, luego de una imagen fantasmagórica (*Phantasiebild*). La duda no oscila simplemente entre el fantasma y la realidad, la realidad efectiva (*wirkliche*). Freud habla, poniéndolo entre comillas, de un «fantasma "real" (*ein "wirkliches" Gespenst*)»: «¿Es esto una alucinación de nuestro héroe hechizado por su delirio, un fantasma "real" o una persona en carne y hueso (*leibhaftige Person*)?»⁴. Para hacerse estas preguntas, señala Freud, no se tiene necesidad de «creer en los (re)aparecidos». La cuestión y la «tensión» que ella engendra son hasta tal punto inevitables que Jensen, el autor de lo que él mismo llama una «ficción fantástica» (*Phantasiestück*), no nos ha explicado todavía si quería dejarnos en nuestro mundo prosaico o si quería «conducirnos a otro mundo, un mundo fantástico donde los espíritus y los espectros (*Geister und Gespenster*) adquieren valor de realidad (*Wirklichkeit*)». Estamos dispuestos a «seguir» al autor de ficción como en «el ejemplo de Hamlet, de Macbeth».

No lo olvidemos nunca: a mediodía, a la «hora de los espectros» (*Geisterstunde*), Gradiva, el «espectro de mediodía», surge para nosotros en una experiencia de *lectura*, mas también, para el héroe de la novela, en una experiencia cuya *lengua*, incluso la multiplicidad de lenguas, no podría ser abstraída para dejar desnuda la pura percepción, ni siquiera una alucinación puramente perceptiva. Hanold se dirige asimismo a Gradiva en griego para ver si la existencia espectral (*Scheindasein*) ha conservado el poder de hablar (*Sprachvermögen*). Sin respuesta, se dirige a ella seguidamente en latín. Ella sonríe y le pide entonces que hable en su propio idioma, el de él, el alemán: «Si quiere usted hablar conmigo, debe hacerlo en alemán». Un fantasma puede entonces ser sensible al idioma. Acogedor a éste, alérgico a aquel otro. Uno no se dirige a él en cualquier lengua. Ley de la economía, una vez más, ley del *oikos*, de la transacción de signos y de valores, mas también de cierta domesticidad familiar: el asedio supone lugares, una habitación, y siempre alguna casa asediada por un encantamiento.

4. *Op. cit.*, p. 15.

Esta economía no se separa ya de las cuestiones de «efectividad», por tanto, entre comillas: ¿es un fantasma «real» (*wirklich*) o no? Ni de las de «verdad». ¿Qué pasa con la verdad para Freud ante estos espectros? ¿Cuál es a su entender la parte de verdad? Ya que él cree en algo así como una *parte* de la verdad. En el análisis, nos dice, en el examen psicoanalítico, la inverosimilitud de este delirio (*die Unwahrscheinlichkeit dieses Wahnes*) parece disiparse (*scheint... zu zergehen*), al menos en gran parte: «en su mayor parte (*zum grösseren Teile*)»⁵.

He aquí una inverosimilitud que parece disiparse con la explicación, *ial menos en una parte muy amplia!* ¿Cuál es esta parte? ¿A qué se debe este pedazo que resiste a la explicación? ¿Por qué esta insistencia en la parte, el reparto, la partición, el pedazo? ¿Y qué tendría que ver esta partición con la verdad?

Conocemos la explicación freudiana. Anunciada por este protocolo extraño, moviliza toda la maquinaria etiológica del psicoanálisis, comenzando, evidentemente, por los mecanismos de la represión. Mas no lo olvidemos, si la explicación psicoanalítica del delirio, del asedio, de la alucinación, si la teoría psicoanalítica de los espectros, en suma, deja una parte de inverosimilitud inexplicada o más bien *verosímil*, portadora de verdad, es que —el propio Freud lo reconoce algo más adelante— hay *una verdad del delirio*, una verdad de la locura o del asedio. Análoga a esa «verdad histórica» que Freud distingue, especialmente en su *Moisés...*, de la «verdad material», esa verdad está reprimida o suprimida. Mas resiste y (*re*)*aparece*, a este título, como verdad espectral del delirio o del asedio. *Viene a ser* la verdad espectral. Delirio o locura, el asedio no está solamente asediado por este o aquel (*re*)*aparecido*, Gradiva, por ejemplo, sino por el espectro de la verdad así reprimida. La verdad es espectral, ésta es su parte de verdad irreductible a la explicación.

Algo más adelante, Freud intenta incluso tomar en consideración esta parte en el asedio alucinatorio del arqueólogo:

Si el enfermo cree con tanta firmeza en su delirio, ello no ocurre (*so geschieht das nicht*) por un trastorno de sus facultades de juicio ni deriva de lo que, en su delirio, es erróneo (*irrig ist*). Antes al contrario, todo delirio contiene un granito de verdad (*Sondern in jedem Wahn steckt auch ein Körnchen Wahrheit*), algo en él merece efectivamente crédito (*es ist etwas an ihm, was wirklich den*

5. *Ibid.*, p. 59.

Glauben verdient) y ahí está la fuente (*die Quelle*) de la convicción del enfermo, justificada en esta medida (*der also so weit berechtigten Überzeugung des Kranken*). Sin embargo, esta parcela de verdad [*dieses Wahre*, esta verdad, la semilla de verdad de la verdad] ha estado largo tiempo reprimida (*war lange Zeit verdrängt*). Cuando llega a la conciencia, es bajo una «forma deformada» (*in entstellter Form*), con una fuerza de convicción intensificada por la compensación, y quedando adherida al sustituto deformado de la verdad reprimida (*am Entstellungersatz des verdrängten Wahren*)⁶.

Para descifrar el archivo de esta partición, para leer su verdad en pleno monumento de esta parte, se deberá tomar en cuenta una *prótesis*, ese «sustituto deformado». Mas queda una parte de verdad; un pedazo o un granito de verdad respiran en el corazón del delirio, de la ilusión, de la alucinación, del asedio. He aquí una figura que volvemos a encontrar literalmente en el *Moisés...*, precisamente cuando distingue allí Freud la verdad «histórica» de la verdad «material». Por ejemplo: si Moisés fue el primer Mesías y Cristo su *sustituto protético* (*Ersatzmann*), su representante y su sucesor, resulta entonces que estaba justificado en cierto modo que san Pablo se dirigiera como lo hizo a las naciones (*konnte auch Paulus mit einer gewissen historischen Berechtigung den Völkern zurufen*) para decirles que el Mesías ha venido efectivamente (*wirklich gekommen*) y que ha sido asesinado «ante vuestros ojos (*vor Euren Augen*)». «Entonces, dice Freud, la resurrección de Cristo comprende también un elemento de verdad histórica [literalmente, un pedazo de verdad histórica: *ein Stück historischer Wahrheit*], porque él era Moisés resucitado y detrás estaba a su vez el Padre originario (*Urvater*) de la horda primitiva, transfigurado y habiendo tomado como Hijo el lugar del Padre»⁷.

Habiendo tomado así en consideración lo que es verdad y habiéndose cuidado de aislar la semilla de verdad en la alucinación del arqueólogo, presa del «espectro de mediodía», Freud pretende confirmar esta verdad de la (*re*)*aparición*. Quiere demostrar ilustrando. Con el arte de administrar el suspense, como un narrador o como el autor de una ficción, nos relata entonces, a su vez, una historia. Mas como si fuera la historia de otro, un caso. No el caso de un paciente, sino el caso de un

6. *Ibid.*, p. 67.

7. *Moisés y la religión monoteísta*, ed. cit., p. 86.

médico. «Sé de un médico»⁸, dice. El médico había *visto* un (re)aparecido. Había asistido al retorno espectral de una muerta y podía en suma dar testimonio de ello. Freud acababa de señalar que la creencia en los espíritus, en los espectros y en las almas de los (re)aparecidos (*der Glaube an Geister und Gespenster und wiederkehrende Seelen*) no debía ser considerada como una supervivencia, como el simple residuo de la religión y de la infancia. La experiencia por la que nos encontramos con espectros o les dejamos venir a nuestro encuentro permanece indestructible e innegable. Los genios más cultivados, más razonables, más incrédulos, concilian fácilmente, por otra parte, un cierto espiritismo con la razón. Conocemos toda la intriga freudiana acerca de la telepatía. He intentado tratar acerca de esto en otra parte, de modo más o menos ficticio, y no volveré sobre ello. Se trata aquí de una problemática análoga. Freud quiere enseñar ayudándose de un ejemplo: «*Ich weiss von einem Arzt*», «sé de un médico...». Y nos cuenta, como si se tratara de otro, el infortunio de un colega. Éste se reprochaba una imprudencia profesional: la cual habría llevado a la muerte a una de sus enfermas. Varios años después, ve entrar en su gabinete una muchacha. Y reconoce a la muerta. Entonces se dice que es «verdad» (*wahr*) «que los muertos pueden (re)aparecer» (*dass die Toten wiederkommen können*). Su alucinación había sido favorecida, había tenido suerte, por así decirlo: el espectro se presentaba, en efecto, como la hija de la difunta y sufría también la enfermedad de Basedow.

Y he aquí el golpe de efecto teatral. Freud simulaba hablar de otro, de un colega. (Si fuera hasta ese punto inmodesto, doblemente inmodesto, diría que él hacía lo que hago yo al hablar de un colega, Yerushalmi, cuando no hablo sino de mí.) Freud se presenta, en resumidas cuentas dice «heme aquí»: «*Der Arzt aber, dem sich dies ereignet, war ich selbst...*», «Ahora bien, el médico a quien le ocurre esto, era yo...». Y no deja de sacar una conclusión de ello: tiene sobrados motivos para no negarle al arqueólogo Hanold la *posibilidad clínica* de un delirio breve, mas también el *derecho* a una alucinación furtiva. El que un cuasi-espectro haga así su aparición supone asimismo el derecho de una cierta verdad (un poco espectral, *en parte* espectral) a manifestarse en la persona de una suerte de *especie* de «fantasma real». La *especie*, el *aspecto*, el *espectro*: esto es lo que queda que tiene que ver con la

8. *El delirio y los sueños en la «Gradiva»...*, ed. cit., p. 60.

verdad, he aquí con lo que se puede especular sobre lo verdadero de esta verdad.

En el fondo Yerushalmi tiene razón. Ha sabido tomar en consideración la verdad. Freud tenía sus espectros, lo confiesa a veces. Nos hace partícipes de su verdad. Tenía los suyos, y les obedecía (Jakob Shelomoh, Moisés y algunos otros), como Yerushalmi (Jakob Shelomoh, Sigmund Shelomoh, su Moisés y algunos otros) y como yo (Jakob, Hayim, mis abuelos Moisés y Abraham, y algunos otros).

El discurso de Freud sobre el *archivo*, y he aquí la tesis de las tesis, parece, pues, dividido. Como su concepto del *archivo*. Toma dos formas contradictorias. Por ello decimos —y esta declaración podría siempre traducir una confesión— *mal de archivo*. Se deben poder encontrar huellas de esta contradicción en toda la obra de Freud. Tal contradicción no es negativa, escande y condiciona la formación misma del concepto de *archivo* y del concepto en general —allí donde éstos portan la contradicción.

El que Freud haya padecido el mal de *archivo*, que su caso se deba a la perturbación del *archivo*, no deja de tener que ver, simultáneamente, con el mal o la perturbación del *archivo* que vivimos hoy en día, ya se trate de sus más ligeros síntomas o de las grandes tragedias holocásticas de nuestra historia así como de nuestra historiografía moderna: de todos los revisionismos detestables como de las más legítimas, necesarias y valientes reescrituras de la historia. Antes de reunir y formalizar la doble postulación freudiana respecto del *archivo*, querría justificar las expresiones francesas de las que acabo de servirme: la *perturbación del archivo* (*trouble de l'archive*) y el *mal de archivo* (*mal d'archive*).

Nada es *menos seguro*, nada está *menos claro* hoy en día que la palabra *archivo*. Y no sólo a causa de esos dos órdenes de *arkhé* que distinguíamos al comienzo. Nada es más turbio ni más perturbador. Lo turbio de lo que es aquí perturbador es sin duda lo que perturba y enturbia la vista, lo que impide el ver y el saber, mas también la turbiedad de los asuntos turbios y perturbadores, la turbiedad de los secretos, de los complots, de la clandestinidad, de las conjuras semi-privadas semi-públicas, siempre en el límite inestable entre lo público y lo privado, entre la familia, la sociedad y el Estado, entre la familia y una intimidad aún más privada que la familia, entre sí mismo y sí mismo. Lo perturbador, o lo que se dice en inglés lo *trouble* de estas visiones y estos asuntos, los nom-

bro, pues, con una expresión francesa una vez más intraducible para recordar al menos que el archivo reserva siempre un problema de traducción. Singularidad irremplazable de un documento que hay que interpretar, repetir, reproducir, mas en su unicidad original cada vez; un archivo debe ser idomático y, por tanto, a la vez ofrecido y hurtado a la traducción, abierto y sustraído a la iteración y a la reproductibilidad técnica.

Nada es, pues, más turbio y más perturbador hoy en día que el concepto archivado en la palabra archivo. Lo que, en cambio, es más probable y más claro es que por algo está metido el psicoanálisis en este turbio asunto. Quiere analizarlo pero asimismo lo acrecienta. Nombrando aquí el psicoanálisis, nos referimos ya en todo caso al archivo clasificado, al menos provisoriamente, bajo el nombre de «el psicoanálisis», de «Freud» y de algunos otros. Dicho de otro modo, si no sabemos muy bien lo que decimos cuando decimos «archivo», algo tiene esto que ver con «Freud». Mas el nombre de Freud, el nombre de los Freud, ya lo hemos visto suficientemente, pasa a ser él mismo plural, por tanto, problemático.

Lo turbio del archivo se debe a un mal de archivo. Nos puede el (mal de) archivo (*Nous sommes en mal d'archive*). Escuchando el idioma francés, y en él el atributo «mal de», que nos pueda el (mal de) archivo puede significar otra cosa que padecer un mal, una perturbación o lo que el nombre «mal» pudiera nombrar. Es arder de pasión. No tener descanso, interminablemente, buscar el archivo allí donde se nos hurta. Es correr detrás de él allí donde, incluso si hay demasiados, algo en él se anarchiva. Es lanzarse hacia él con un deseo compulsivo, repetitivo y nostálgico, un deseo irreprimible de retorno al origen, una morriña, una nostalgia de retorno al lugar más arcaico del comienzo absoluto. Ningún deseo, ninguna pasión, ninguna pulsión, ninguna compulsión, ni siquiera ninguna compulsión de repetición, ningún «mal-de» surgirían para aquel a quien, de un modo u otro, no le pudiera ya el (mal de) archivo. Ahora bien, el principio de la división interna del gesto freudiano y, por tanto, del concepto freudiano del archivo, es que en el momento en que el psicoanálisis formaliza las condiciones del mal de archivo y del archivo mismo, repite aquello mismo a lo que resiste o aquello de lo que hace su objeto. Sobrepuja. Éstas serían las tres más una tesis (o prótesis, por tanto). Tres de entre ellas tratan del concepto de archivo, otra del concepto de concepto.

1. Primera tesis y primera sobrepuja

Por una parte, en efecto, por la sola pero decisiva concepción de una tópica del aparato psíquico (y, por tanto, de la represión o de la supresión, según los lugares de inscripción, tanto dentro como fuera), Freud ha hecho posible el pensamiento de un archivo propiamente dicho, de un archivo hipomnémico o técnico, del soporte o de lo subyectil (material o virtual) que, en lo que ya es un *espaciamiento* psíquico, no se reduce a la memoria: ni a la memoria como reserva consciente, ni a la memoria como rememoración, como acto de recordar. El archivo psíquico no corresponde ni a la *mnéme* ni a la *anámnesis*.

Mas por otra parte, he intentado mostrarlo en *Freud y la escena de la escritura*, ello no le impide a Freud, como metafísico clásico, considerar la prótesis técnica como una exterioridad secundaria y accesorio. A pesar del recurso a lo que considera un modelo de representación auxiliar, mantiene invariablemente un primado de la memoria viva y de la anámnesis en su temporalización original. De ahí la sobrepuja arqueológica por la cual el psicoanálisis, en su mal de archivo, intenta siempre volver al origen vivo de aquello mismo que el archivo pierde guardándolo en una multiplicidad de lugares. Hay ahí, no hemos dejado de señalarlo aquí, una tensión incesante entre el archivo y la arqueología. Siempre estarán próximos el uno de la otra, pareciéndose, apenas discernibles en su coimplicación, y sin embargo radicalmente incompatibles, *heterogéneos*, es decir, *otros en cuanto al origen, en divorcio en cuanto al arkhé*. Ahora bien, Freud ha estado constantemente tentado de reconducir a la arqueología el interés original que le daba al archivo psíquico (la palabra *Archiv* aparece, por otra parte, desde los *Estudios sobre la histeria*, 1895)⁹. La escena de la excavación, el teatro de las excavaciones arqueológicas, he ahí los lugares preferidos por este hermano de Hanold. Cada vez que quiere enseñar la topología de los archivos, es decir, de lo que debería excluir o prohibir el retorno al origen, este amante de las figuritas de piedra propone parábolas arqueológicas. Conocemos la más notable y la más precoz de ellas en el estudio sobre la histeria de 1896. Es preciso subrayar aún algunas palabras para señalar lo que a mi entender es el momento más agudo. Momento y no proceso, este instan-

9. Como me lo ha recordado Dany Nobus tras la conferencia, y se lo agradezco, la misma palabra aparece también en *Zum psychischen Mechanismus der Vergesslichkeit* (1898).

te no pertenece al desciframiento laborioso del archivo. Es el instante cuasi extático con el que sueña Freud, cuando el propio éxito de una excavación debe firmar aún el borrarse del archivero: *el origen habla entonces de sí mismo*. El *arkhé* aparece desnudo, sin archivo. Se presenta y se comenta a sí mismo. «¡Las piedras hablan!». En presente. ¡Anámnesis sin hipomnesis! El arqueólogo ha conseguido entonces hacer que el archivo ya no sirva para nada. *Llega a(l) borrarse*, se hace transparente o accesorio para dejar al *origen* presentarse a sí mismo en persona. En directo, sin mediación ni retraso. Sin ni siquiera la memoria de una traducción, una vez llevado a término el intenso trabajo de traducción. Y ahí estaría el «progreso» de una «anámnesis». El tiempo que consagra Freud a este largo viaje en un campo de excavaciones dice algo también acerca de un goce. Él lo querría interminable, lo prolonga so pretexto de pedagogía o de retórica:

Me gustaría presentarles la relación entre el método del que nos vamos a servir aquí y el más antiguo método de la investigación *anamnésica*, mediante una parábola que tiene por contenido un *progreso* realizado de hecho en otro dominio de trabajo.

Supongan que un investigador viajero llega a una región poco conocida en la que un campo de ruinas con restos de muros, fragmentos de columnas, tablillas con signos gráficos desdibujados e ilegibles, despierta su interés. Puede contentarse con mirar lo que está expuesto a plena luz del día y preguntar luego a los moradores, quizá semi-bárbaros, que habitan en los alrededores, acerca de lo que la tradición les ha hecho saber de la historia y el significado de esos restos monumentales, consignar sus informaciones y continuar su viaje. Mas también puede proceder de otro modo; puede haber llevado consigo picos, palas y azadas y convencer a los lugareños para trabajar con estas herramientas, abordar con ellos el campo de ruinas, despejar los escombros y, a partir de los restos visibles, poner al descubierto lo que estaba sepultado. *Si el éxito recompensa su trabajo, los hallazgos se comentan por sí mismos*; los restos de muros pertenecen al recinto de un palacio o una casa del tesoro, a partir de las ruinas de las columnas se completa un templo, las inscripciones halladas en gran número, bilingües en los casos más afortunados, desvelan un alfabeto y una lengua cuyo desciframiento y traducción brindan insospechadas noticias sobre los acontecimientos de los primeros tiempos, en cuya memoria fueron edificados dichos monumentos. *Saxa loquuntur!*¹⁰.

2. Segunda tesis y segunda sobrepuja

Por una parte el archivo se hace posible por la pulsión de muerte, de agresión y de destrucción, es decir, tanto por la finitud como por la expropiación originarias. Pero, más allá de la finitud como límite, hay, decíamos más arriba, ese movimiento propiamente *in-finito* de destrucción radical sin el cual no surgiría ningún deseo o mal de archivo. Todos los textos de la familia y de la época de *Más allá del principio de placer* explican, en el fondo, por qué hay archivación y por qué la destrucción anarchivante pertenece al proceso de la archivación y produce aquello mismo que reduce, a veces a cenizas, y más allá.

Mas por otra parte, en el mismo momento, como metafísico clásico y *Aufklärer* positivista, como sabio crítico de una época pasada, como *scholar* que no quiere hablarle a los fantasmas, Freud pretende no creer en la muerte ni, sobre todo, en la existencia virtual del espacio espectral que sin embargo toma en cuenta. Lo toma en cuenta para dar cuenta de ello, y cree no poder dar cuenta o dar razón de ello más que reduciéndolo a otra cosa diferente, es decir, a otra cosa que lo otro. Quiere explicar y reducir la creencia en el fantasma. Quiere pensar la parte de verdad de esta creencia, mas cree que no se puede no creer y que se debe no creer en ello. El creer, el fenómeno radical de la creencia, la sola relación posible con el otro en tanto que otro, no tiene finalmente ningún lugar posible, ningún estatuto irreductible en el psicoanálisis freudiano. Que sin embargo hace posible. De ahí la sobrepuja arqueológica de un retorno a la realidad, aquí a la efectividad originaria de un suelo de percepción inmediata. Un suelo más profundo y más seguro que el del arqueólogo Hanold. Más arqueológico aún. La paradoja toma una forma sobrecogedora, propiamente alucinante, en el momento en que Freud se ve obligado en efecto a dejar hablar a los fantasmas mientras duran las excavaciones arqueológicas, mas acaba por exorcizarlos en el momento de decir finalmente, una vez terminado el trabajo (en todo caso supuestamente terminado): «¡las piedras hablan!». Cree exorcizarlos en el instante en que les deja hablar, siempre que esos espectros hablen, al menos eso cree él, figuradamente. Como piedras, nada más...

(yo subrayo). Más adelante, la parábola pasa a ser una «comparación con la excavación arqueológica de un campo de ruinas estratificado» (p. 198).

10. «La etiología de la histeria» (1896), en *Obras completas*, III, ed. cit., p. 192

3. Tercera tesis y tercera sobrepuja

f el arkhé originario
 Por una parte, nadie ha aclarado mejor que Freud eso que hemos llamado el principio arcóntico del archivo, lo que en el archivo supone no el *arkhé* originario sino el *arkhé* nomológico de la ley, de la institución, de la domiciliación, de la filiación. Nadie ha analizado mejor que él, vale decir también deconstruido, la autoridad del principio arcóntico. Nadie ha mostrado mejor que él cómo ese principio arcóntico, es decir, paterno y patriárquico, no se planteaba más que repitiéndose y no (re)aparecía para reponerse más que en el parricidio. (Re)aparece en el parricidio reprimido o suprimido, en el nombre del padre como padre muerto. Lo arcóntico es, en el mejor de los casos, la toma de poder del archivo por los hermanos. La igualdad y la libertad de los hermanos. Una cierta idea, vivaz aún, de la democracia.

Mas, por otra parte, en la vida como en las obras, en sus tesis teóricas como en la compulsión de su estrategia institucionalizante, Freud ha repetido la lógica patriarcal. Ha declarado, especialmente en *El hombre de las ratas*, que el derecho patriarcal (*Vaterrecht*) marcaba el progreso civilizador de la razón. Incluso ha echado más leña al fuego en la sobrepuja patriárquica, allí mismo donde todos sus herederos, los psicoanalistas de todos los países, se han unido como un solo hombre para seguirlo y hacer subir la puja. Hasta el punto de que algunos se pueden preguntar si, decenios después de su muerte, sus hijos, otros tantos hermanos, pueden aún hablar en sus propios nombres. O si su hija fue alguna vez en vida (*Zoé*) otra cosa que un fantasma o un espectro, una *Gradiva rediviva*, una *Gradiva-Zoé-Bertgang* de paso por el 19 de la Berggasse.

POST-SCRIPTUM

Por suerte escribí estas últimas palabras al borde del Vesubio, muy cerca de Pompeya, hace menos de ocho días. Como cada vez que vuelvo a Nápoles, desde hace más de veinte años, pienso en ella.

¿Quién, me digo esta vez, quién mejor que *Gradiva*, la *Gradiva* de Jensen y de Freud, podría ilustrar esta sobrepuja en el mal de archivo? ¿Ilustrarla allí donde ya no le es propia a Freud ni a este concepto de archivo, allí donde ella marca en su estructura misma (ésta sería una última *tesis suplementaria*) la formación de todo concepto, la historia misma de la concepción?

Cuando quiere explicar el asedio del arqueólogo por una lógica de la represión, en el momento mismo en el que precisa que quiere reconocer ahí una semilla o una parcela de verdad, Freud pretende aún descubrir un origen más originario que el del espectro. Y en la sobrepuja, quiere ser un archivero más arqueólogo que el arqueólogo. Y, por supuesto, más cerca de la causa última, mejor etiólogo que su novelista. Quiere exhumar una *impresión*, quiere exhibir una *impronta* más arcaica que aquella alrededor de la cual se afanan los otros arqueólogos de todas las clases, los de la literatura y los de la ciencia objetiva clásica, una *impronta* singular cada vez, una *impresión* que casi no sea ya un archivo sino que casi se confunda con la *presión* del paso que deja su marca aún viva sobre un soporte, una *superficie*, un *lugar de origen*. Cuando el paso viene todavía a ser uno con lo subyectivo. En el instante en que el archivo impreso no se ha despegado aún de la impresión primera en su origen singular, irreproductible